

Estrellas fugaces

Eduardo Mendoza

(catálogo Arabian Stars)

Encontramos a Jordi Colomer por pura casualidad en el aeropuerto de Heathrow el primer día del año en curso. Para quien se ha limitado a pasar unos días en Londres y regresa a su casa, coincidir con un amigo en el aeropuerto es un alegría pero no una sorpresa. En cambio él, que regresaba de una larga estancia en el Yemen, nos veía como algo verdaderamente remoto e inesperado, casi como una demostración suplementaria de la relatividad sin referentes que constituye el contenido, pero no el significado, del no-documental que acababa de realizar en aquellas tierras y que ahora constituye el objeto de estas líneas.

Precisamente en Londres, varias décadas atrás, yo había adquirido conciencia de que el Yemen existía más allá de los atlas escolares a raíz de unos disturbios ocurridos allí, al parecer tan graves que impulsaron al Reino Unido, que entonces ejercía de potencia administradora, a bombardear Adén, con el consiguiente escándalo internacional. Por entonces yo vivía en Londres; eran los años de la guerra de Vietnam y de los últimos coletazos del colonialismo, y el Imperio Británico se desmoronaba inexorablemente, pero no sin resistencia. Aunque por todas partes se oían canciones de los Beatles y de los Rolling Stones, las chicas llevaban minifalda y el metro olía a porro, muchos caballeros todavía usaban bombín y el ambiente de la ciudad era serio y sombrío. Después de este incidente, el Yemen pasó a ser un dato más en un archivo secundario de mi cultura general, apenas reanimado por la imagen esporádica de los rascacielos de adobe y la noticia intercambiable de un hecho brutal o una ley feroz y opresiva, un país dividido de resultados de la guerra fría, como Corea o Alemania, posteriormente reunificado y recientemente adscrito al eje del mal por la retórica bíblica de los asesores de Bush.

Ahora, en un Londres muy distinto al de aquellos años, convertido en paradigma mundial de la moda y la posmodernidad, coincidía con un amigo que regresaba del Yemen, donde había pasado un largo periodo realizando un film titulado *Arabian Stars*.

Mi ignorancia sobre el país no me impidió hacerme a la idea de lo que este no-documental describe superficialmente: una sociedad ancestral que convive con los productos más sofisticados y superfluos, donde las creencias más sólidamente arraigadas no impiden la entrada de la superchería comercial y donde el misticismo no es incompatible con la devoción a las estrellas del fútbol y el pop. Pero una cosa es saberlo y otra verlo en la pantalla.

En este sentido, *Arabian Stars* dinamita la concepción del mundo de *National Geographic Magazine* y de los documentales antropológicos con que la televisión acuna nuestras siestas. A diferencia de estos formatos, sobre los que hemos construido nuestro ilusorio álbum de viajes no realizados, Jordi Colomer parece haber ido muy lejos a buscar lo cotidiano. No lo raro ni lo insólito, pero tampoco lo feo y lo común. Simplemente, lo que hay. Sus imágenes no rehuyen la belleza ocasional del paisaje, de la arquitectura, de los colores o de la luz, pero tampoco la fealdad y el desorden. No hay exaltación ni denuncia. El tercer mundo se manifiesta como escasez sin

tragedia. Las condiciones económicas y sociales son un hecho cotidiano para las personas que viven en ellas, no un espectáculo para información, y menos para concienciación de terceros.

De este modo, vaciado de imaginario, el Yemen se convierte en un no-lugar por el que deambulan, solos o en grupo, hombres de diversas edades mostrando pancartas de colores donde figuras nombres en árabe. Un subtítulo nos aclara que estos nombres son las *Arabian Stars*, porque son realmente *stars* y porque sus nombres están escritos en árabes. Las pancartas son de tamaño variable; algunas son un simple rótulo. Quienes las llevan van a pie, con paso decidido, o en algún vehículo desvencijado aunque lujoso para los parámetros locales, pero es obvio que no van a ninguna parte. Lo mismo da: en su actitud no hay nada simbólico ni filosófico, ninguna fatalidad va asociada a su acción ni a su itinerario. Nada parece obligarles a hacer lo que están haciendo y es evidente que no han sido engañados ni coaccionados, ni inducidos por ningún medio extraordinario, por lo que es preciso concluir que su actuación es voluntaria y que, sea cual sea la motivación que les llevó a intervenir en este no-documental, existió una complicidad profunda y tácita entre todos ellos y los realizadores del film allí presentes. De lo que no hay duda es de que todos han entendido o intuido la no-intención de esta no-historia. Mientras están ante la cámara, algunos se ríen, más para dentro que para fuera, pero la mayoría camina de una manera natural, desenvuelta e inexpresiva. En su cara no hay burla ni enfado. Tampoco cansancio. Actúan como si estuviera cumpliendo un encargo fácil y poco importante, pero en definitiva un encargo, y lo hacen a conciencia, sin exagerar, como el cartero que lleva una carta a su destinatario con la eficiencia y seriedad que requiere su trabajo, pero con independencia del contenido de la carta que ha de entregar. El resultado es una especie de performance al revés, en la que es el público el que realiza una actuación ante los ojos del artista, que se limita a contemplar y registrar la acción sin intervención ni comentario.

Las estrellas que lucen en el prosaico firmamento que se nos presenta pertenecen a varios niveles. Personas de carne y hueso y de renombre universal, como Picasso o Mies van der Rohe, o de prestigio local, como el poeta yemení Abdulah Albaradoni; y personas de fama más popular, como Zidane, Maradona o Michael Jackson. Pero estos son los menos. La mayoría de las estrellas son personajes de ficción: Batman, Homer Simpson, Seherezade, Sherlock Holmes, Lolita. No es fácil imaginar lo que alguno de estos personajes puede significar en el Yemen: nunca sabremos qué escenografía acoge a Sherlock Holmes en la fantasía de un beduino. Sea como sea, la selección no responde a ningún criterio, ni siquiera personal, y no se nos dan razones de esta arbitrariedad. Es obvio, por otra parte, que ni en la selección ni en el hecho de organizar con las pancartas una sucesión de modestas procesiones laicas hay una intención paródica. Nadie se va al Yemen para hacer una broma sutil y reiterada. Y los hombres que llevan las pancartas sabe lo que están haciendo, puesto que los nombres están claramente escritos en su lengua, aunque el personaje no les resulte familiar. Nadie pasea con un rótulo ostentoso sin informarse antes de lo que va pregonando, y menos en un país donde ciertas faltas de respeto acarrear serias consecuencias. Una fotografía y una realización impecable acaban de crear el desconcierto de esta obra que, en definitiva, es una obra de arte.

Nada menos, pero nada más. La realidad es real cuando una ficción la acota y la explica. La realidad sin subtítulos es un relato oído en una lengua ininteligible. En sentido inverso, como afirma el propio Jordi Colomer en una entrevista, la realidad, una vez acotada y traducida a un medio de expresión, se convierte irremediabilmente en ficción, del mismo modo que la fama, cuando se apodera de un ser humano, lo convierte en personaje de ficción. Vistos desde el Yemen, Picasso y Batman son dos productos de la misma especie, y quizá Batman sea el más auténtico de los dos. En cuanto a la película, sabemos que desarrolla un argumento, pero no podemos saber cuál. ¿Qué pensar de un joven de buen aspecto que avanza por una carretera sin asfaltar, que se pierde en el horizonte y se confunde con el desierto, mientras muestra un cartel donde figura en árabe el nombre de Tony Manero, personaje que interpretaba John Travolta en una película de 1977? Nada. Todo en esta obra extraña y fascinante ha sido elegido con el propósito deliberado de eludir la metáfora. El efecto final, si alguno tiene, es la suspensión del juicio, un silencio que conmueve.